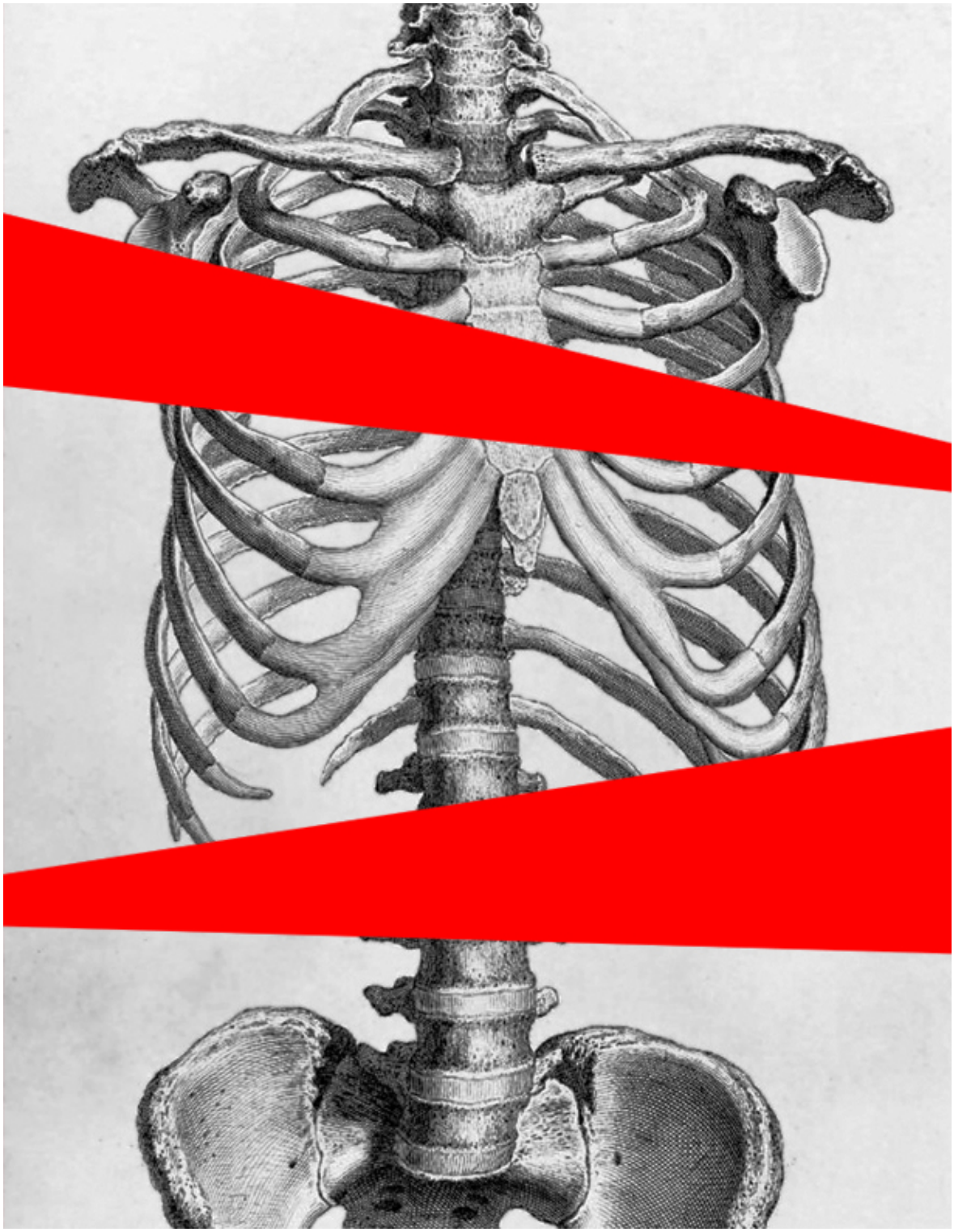
Hostal Dos

Felipe Trigo



Capítulo 1

HOSTAL DOS

Avanzaban en silencio a lo largo del pasillo en penumbra, impulsados por un deseo magnético. Iban lento. Huyéndose. Jugando a descubrirse. Ella sonreía, deslizando sus dientes sobre la oscuridad como estrellas fugaces. Él la seguía; adivinaba su rastro desdibujándose a cada paso, como el de una sombra deambulando entre la niebla. Al fondo, a través de la ventana, resplandecía el letrero de colores que decía: *Hostal dos*.

Se abrazaron frente al umbral de una puerta y aunque seguro no era la que buscaban, un beso urgente los detuvo por un instante. Luego siguieron, uno tras el otro, decididos, como los adolescentes que comienzan a amarse. Ella, arrastrándose contra una pared helada, lo sintió aproximarse desde atrás, esperando a que sus brazos se enroscaran alrededor de su cintura. La habitación estaba en algún sitio, a lo largo del corredor. No les importó buscar. Sus labios, carnosos y tibios, resbalaron por los de él, quien creyó sentir un hálito condensado, como a menta tierna. Era el sabor del tabaco, pensó, todavía uniéndose a la humedad del paladar. Impregnando de un aroma impreciso aquella lengua delgada, blanda y áspera. Ella, sutil, desabrochó un par de botones. Sus dedos sintieron de inmediato que el corazón del amante golpeaba sostenidamente el pecho, como si quisiera rodar hasta la garganta. Entonces, obligado por una fuerza que no contuvo, la sujetó firme entre sus manos. Sintiendo la carne tensa y ávida, apretó uno de los muslos que se dejaba entrever por el vestido abierto. La siguió trayendo hacia su cuerpo, trazando en su mente el contorno de los hombros levantándose al contacto. Hasta que de pronto, cuando ya dejaba caer un beso torpe sobre sobre algún sitio, ella se libró de aquella sombra que la envolvía, como una cautiva escapando de su encierro.

Repentinamente tropezaron. Dieron unos pasos en falso, abrazándose fuerte para evitar la caída. Rieron entre dientes. Supieron que hasta ese momento, además del jadeo de la respiración reprimida y el eco de los besos que rebotaban perdidos en algún lugar de la memoria, no habían sentido nada más que el silencio. Luego, revolviendo la cartera suspendida a un costado de sus caderas, introdujo de memoria la llave en el cerrojo, que giró viejo y oxidado. Entraron.

La habitación era oscura y alta. Por la ventana, abierta a la par, una brisa templada se colaba al interior haciendo ondular las cortinas como el vestido de una bailarina en movimiento. La cama desordenada esperaba al medio, rodeada de muebles estáticos y puntiagudos que parecían animales dormidos, ocultándose de los colores del letrero centelleante. Los ruidos de la ciudad, absorta y lejana, entraban desde afuera junto al estrépito de las risotadas que subían desde el bar en el primer piso, en

donde se habían conocido después de un par de tragos. Antes que él lo notara, ella se sumergió en la oscuridad. Por un instante desapareció completamente. Sin embargo, adivinó el sonido de la ropa cayendo al piso; el rasgueo metálico de un cierre y el susurro de la tela desprendiéndose de la piel, igual que el rumor de las olas recogiéndose sobre la arena. Ella emergió desde la oscuridad. Avanzó con pasos sigilosos, haciendo sonar el piso de tablas como las últimas gotas de una lluvia que amaina. Su desnudez blanca y lisa saltó a la vista. Temblorosa. Sensible. Casi desbordada de sí misma por el apremio de la sangre.

De entre los cabellos, sus senos turgentes sobresalían en una caída apenas visible, redondeando la sombra que proyectaban sobre su vientre plano y delgado, el que se pronunciaba al llegar arriba por la retracción de las costillas ante su respiración profunda y opresiva. Lo fue encontrando lentamente, extrayendo desde la dura oscuridad aquellos contornos masculinos que eran los de una estatua. Él la sintió en una presencia leve, por poco etérea. Se apuró en tomarla, atreviéndose, primero, con la punta de los dedos, luego, trayéndola hacia sí completamente, deslizando una mano que aprisionó fuerte un glúteo. La mantuvo así hasta que con la otra presionó uno de sus senos, dejando caer un beso pesado que llegó hasta el mordisco. Ella lo dejó, como se deja que el sueño inunde el cuerpo. Estrechando también aquel cuerpo firme y tenso contra el de ella. Por un instante, mientras sus manos la recorrían completa, mezclado en el calor que dominaba la piel contraria, le pareció sentir una sensación que vagaba entre la tibieza y el frío, pero que desapareció cuando los cuerpos terminaron juntándose completamente.

Se dejaron caer sobre la cama vacía —preámbulo a la vehemencia—, mientras los gemidos, igual que burbujas ascendiendo desde el fondo hasta la superficie, brotaron desde sus gargantas contraídas y vibrantes.

Ella, arriba, tomó firmes las otras manos y las llevó hasta su rostro. Él sintió la frente amplia, tersa. Los pómulos bien formados y lisos. La humedad caliente de la boca abriéndose a sus dedos en un resuello entrecortado. Entonces bajó hasta los hombros, luego la espalda, apretando con mayor intensidad cuando volvió a encontrar los senos, reposados y tibios, como duraznos a la luz del día. De pronto lo tomó por detrás de la nuca, trayéndolo hacia su pecho. Quedaron frente a frente. Otro beso los sumió en vapores. Él sostuvo el peso de ambos cuerpos y, girando, se recostó lentamente sobre ella, quien al sentir que el hombre comenzaba a empujar tímida, aunque decididamente sus muslos, permitió que aquel juego de fuerza e ilusiones continuara. Con sus manos lo trajo hacia adelante, presionando sus caderas levemente, mientras sus piernas abiertas lo fueron rodeando por la cintura hasta envolverlo.

Ella tembló, resistiendo el cosquilleo de sus músculos, que aflojaban como si una cadena de fuertes elásticos se cortaran uno a uno. Sumergiéndose en el otro cuerpo, vivo y ardiente en su frenesí, él sentía que sus huesos

de a poco se ablandaban, calcinándose en la hoguera de sensaciones.

Siguió besándola; la frente, los hombros. Sujetaba su pelo. Cayó en una esfera de oscuridad cuyo ámbito sinfín le pareció palpable. La reconstruía en su cabeza, igual que un ciego toca las cosas del mundo para adivinarlo. Siguió pegándose más, sintiéndola. Nervios, piel. Sudor. Se halló recostado bajo la noche, como contemplándose en un espejo; eran dos espejos reflejándose por siempre. De pronto, cuando creyó estar siguiendo un hilo interminable que lo guiaba a lo largo de la noche, palpó algo blanduzco cerca de la cintura. Creyó, de golpe, recobrar la sensibilidad terrenal de sus sentidos. Hizo un poco de presión y sus dedos atravesaron una especie de papel. Negándose a aquello —acaso por indescifrable—, siguió besándola. Ella jadeaba; él la oía claro, aferrándose a aquella voz de violines. Quiso volver a encontrar los glúteos y la carne y la piel tirante y crispada. Presionarla hasta que una especie de explosión lo detuviera. Pero esta vez acarició un pliegue flácido que rodeaba unos huesos curvos y estirados que se prolongaban hasta la espalda. Ella seguía exhalando, derrumbando su cuerpo contra el de él como un viento de otoños, quien no pudo imaginar nada claro porque el éxtasis aún nublaba sus ideas. La besó otra vez, pero entonces aquella boca crujió igual que un puñado de hojas secas, crepitantes. Sintió el olor a menta tierna y tabaco que saboreó antes, pero ahora rancio y azumagado. Ella, todavía reteniéndolo entre sus brazos escuálidos, dijo algo más que, incomprensible, voló como un puñado de pájaros asustados por los altos muros de la habitación.

Entonces, levantándose mecánicamente, sintió que los largos cabellos anudados entre sus dedos se desintegraban igual que el pasto seco. Jadeó entre el sopor y el espanto. El frenesí de todo su cuerpo comenzó a disolverse bajo la helada contracción de las venas. Fue un miedo remoto. Inexacto. Retrocedió a causa de la turbación, con la sensación de los besos todavía hormigueando sobre sus labios, viendo que un tono gris y marrón se apoderaba del cuerpo de la amante, que ahora se extendía inmóvil sobre la cama. Los gusanos, retorciéndose entre los huesos amarillentos, carcomían los últimos colgajos de piel y carne, antes consistente y viva. Los destellos fugaces del amor, junto a las facciones todavía hermosas y vivas, se fueron apagando lentamente contra el resplandor de colores que entraba por la ventana abierta.